

Reseña

Óscar Velásquez. *La subversión socrática*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2023. US\$27.5 (ISBN: 9789563145717), 183 pp.

Benjamín Ugalde
Universidad de Chile, Chile

El profesor Óscar Velásquez nos sorprende nuevamente con una obra que refleja su incesante y original actividad intelectual. Esta vez se trata de un ensayo titulado *La subversión socrática*. En esta obra, Velásquez nos guía a través de una completa genealogía y análisis del diálogo socrático en cuanto forma de conversación filosófica y urbana, esa actividad característica del ateniense mártir de la filosofía. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre Sócrates en estos dos mil cuatrocientos años de historia, Velásquez logra, como pocos, empaparnos de ese espíritu socrático libre y *subversivo* que obliga al poder político a ponerse en guardia y que le costará finalmente la vida, como sabemos, al filósofo griego.

La subversión socrática es un ensayo que desarrolla dos grandes temas: en primer lugar, encontramos la cuestión del nacimiento, origen y constitución del diálogo como forma específica del quehacer intelectual y filosófico de Sócrates; se trata aquí de investigar la genealogía del diálogo en cuanto palabra viva, es decir, como acción dramática cuyo remoto comienzo se encontraría en Homero, pero que surgiría especialmente desde la tragedia y el drama ateniense. En segundo lugar, y como consecuencia de la investigación anterior, el ensayo desarrolla la cuestión del carácter específicamente disruptivo del diálogo socrático y de los alcances filosóficos y políticos de esta 'subversión socrática'.

El ensayo del profesor Velásquez comienza con un poema filohelénico de su autoría, puesto a modo de prólogo y titulado 'Endimion', como el

nombre del eterno joven durmiente de la mitología griega. Recomendamos revisar este bello poema nuevamente una vez leído el texto completo del ensayo, pues contiene una serie de referencias e imágenes que se comprenden mejor después de que se han aquilatado los planteamientos contenidos en él. Pero permítasenos recoger solo la última estrofa de este poema para mostrar su tono:

Se apodera el filósofo del espacio recorriendo sus calles,
despierta la Atenas dormida con sus preguntas.
Lo justo, lo piadoso, lo sabio en sus rincones comienzan a resonar
dejando al descubierto las ignorancias del político, del adivino y el poeta.
La *intelligentsia* se inquieta, se turba el *dēmos*. (17)

El filósofo que despierta a Atenas es Sócrates, claro está, quien, como un tábano, produce la perturbación de los mandamases de la *polis* griega al espetarles su ignorancia, tema que atraviesa todo el ensayo.

Después de este poema prologal se nos presenta un breve prefacio en el que Velásquez desarrolla algunos planteamientos sobre el origen de la tragedia a partir de la sabiduría oral homérica y, especialmente, a partir de la musicalidad de los ditirambos dedicados al dios Dioniso y los himnos fálicos. Este prefacio (19-28) cumple la función de clarificar al lector el 'desde dónde' o el terreno en el que surgirá el diálogo socrático.

El planteamiento central de la primera parte del ensayo es que el origen del diálogo socrático se encuentra en ciernes en el marco del desarrollo del drama ateniense, particularmente en la forma que este adopta con Eurípides y su racionalización de los argumentos trágicos. A partir de este proceso, propio de la tragedia griega, emerge paulatinamente la conciencia de los personajes, o *personae*, y de su responsabilidad sobre sus acciones. Es desde aquí, precisamente, desde donde surgiría el diálogo socrático. Así, Velásquez indica:

La tragedia solo pudo suceder gracias a un grado singular de maduración de la conciencia individual [...] el diálogo filosófico se muestra así cual herencia viva de la adquisición cultural de esta conciencia [...] el diálogo socrático es una criatura del *gnothi seautón*, el 'conócete a ti mismo'; en otras palabras, del individuo. (29)

Esta primigenia forma de la conversación socrática tenía como objeto, principalmente, la facilitación de un saber escolar, una propedéutica que se basaba en las preguntas y respuestas, pero que todavía no entraba en verdadero conflicto con lo que Velásquez denomina la

intelligentsia, es decir, esas capas de políticos y de intelectuales atenienses cercanos al poder político.

Este primer Sócrates es al que Velásquez denomina ‘pre-délfico’, pues no ha recibido aún la decisiva noticia de Querefonte, su compañero, que más tarde preguntará impertinentemente al dios de Delfos, Apolo, quién es el más sabio de los hombres. Este Sócrates pre-délfico todavía no representa realmente, como decíamos, un elemento subversivo ni peligroso; más bien aparece ante el pueblo ateniense como un simple nuevo profesor o sofista, casi risible, y así lo retrata precisamente Aristófanes (2006) en su comedia *Nubes*.

Un rasgo característico de la aproximación de Velásquez al diálogo socrático, a los *sōkratikoí lógoi*, como los denomina Aristóteles (1922, *Poética* 1447b, 11), es que él nos propone comprenderlo no desde su contenido o desde una interpretación de los problemas filosóficos que se presentan en él, como usualmente se hace, sino desde un enfoque ‘pragmático’, es decir, desde la acción dialógica misma (35). Lo anterior implica una comprensión del diálogo como forma de comunicación total, como un “artefacto literario” (42) para la conversación urbana, a la vez que como un pasatiempo, un *entretien* o *diatribē*, que desemboca en una expresión política tan “novedosa” que llegará a ser “revolucionaria” (42). Así, señala Velásquez, para el pensador ágrafo “[l]a palabra viva de la conversación fue el medio más eficaz que halló para elaborar su filosofía” (39). Ahora bien, estos elementos vivos del diálogo socrático quedan lamentablemente ‘petrificados’ en el diálogo platónico escrito, aunque al auscultarlo detenidamente él nos entrega algunas informaciones relevantes sobre la acción que Sócrates desplegabá (43). Al análisis de estos elementos circunstanciales es al que Velásquez denomina propiamente un “análisis pragmático” (44) del diálogo e invita a los lectores a seguir esta aproximación a lo largo de todo su ensayo, lo que le proporciona un enfoque fresco y novedoso, que no se centra en las áridas discusiones hermenéuticas acerca del sentido de lo puesto en ellos por escrito, sino en el contexto, en la acción dialógica, en cómo, dónde y por qué se dice lo que se dice.

Una vez abordado el diálogo socrático a partir de este enfoque, Velásquez establece un punto de inflexión decisivo: hay en Sócrates un cambio espiritual radical cuando recibe la noticia de Querefonte diciendo que el dios ha señalado que es él el más sabio de todos los hombres.

Este Sócrates 'pos-délfico', como lo llama Velásquez, se encuentra en un estado de entusiasmo filosófico que lo hace salir a la calle a demostrar que las palabras del dios acerca de su sabiduría tienen que estar equivocadas. El diálogo socrático pasa, así, desde la pedagogía cercana a la sofística, a encontrar su faceta más propiamente subversiva y filosófica. Sócrates se transforma ahora en un impertinente y molesto individuo que representa un peligro para el poder político y para la *intelligentsia* ateniense; de tal forma, entiende Velásquez, que "la acusación y condena a muerte del filósofo se muestran como resultados de esta actividad" (46).

El diálogo socrático deviene, con esta última transformación, en la expresión de una nueva concepción de libertad que sobrepasa los límites que ella tenía en la Atenas clásica. Una libertad para expresarse ya no solo en la asamblea o en los tribunales, sino en cualquier sitio y momento, en las calles, plazas y en todos los lugares públicos y privados:

Sócrates enfrenta al régimen democrático ateniense de su tiempo con un modo de pensamiento y de vida y una actividad espiritual aún más libre [...] la *isēgoría* (libertad de palabra) y la *isonomía* (igualdad ante la ley) quedaban superadas por una libertad ya no solo social sino personal [...] el *gnōthi seautón* era un llamado, una invitación a cada individuo a realizarse a sí mismo. (48)

Toda la conflictividad del diálogo socrático llegó, pues, a su punto álgido con el Sócrates pos-délfico. Luego de escuchar lo que se había proferido sobre él, como poseído por el dios, Sócrates salió desesperadamente a las calles a probar que no era posible que fuera cierta la afirmación acerca de su sabiduría. Así, "la actividad pública de Sócrates se intensificó cuando Querefonte volvió del santuario de Delfos con la noticia del oráculo" (55). Sócrates pasó a ser en ese momento el verdadero tábano, como se llama a sí mismo en *Apología* (Platón 1981, 30e), y en un tenaz promotor de la "discusión callejera" (57). Como bien indica Velásquez, esto debe haber producido en algunos ciudadanos suspicaces la sensación de que se estaba ante un "agitador" o un "promotor de inseguridad" (57).

En efecto, la noticia del oráculo afectó de tal modo al filósofo que es posible notar en este Sócrates pos-délfico una "transformación espiritual" y un renovado "sentido de misión" (63). La palabra del diálogo socrático se vuelve ahora 'más peligrosa' y comienza a perturbar a sus conciuda-

danos. Sócrates se encuentra en la perplejidad de saber que él mismo no sabe nada, pero a la vez está profundamente movido por el dios a buscar la respuesta a la enigmática afirmación del oráculo. Esta conmoción en la que se encuentra el filósofo será lo que lo lleve, en definitiva, a la muerte. Y, podría pensarse, esta es la tragedia del propio Sócrates, quien al igual que un héroe esquileo, intentando esquivar su destino, hace que este se cumpla. La importancia de esta transformación socrática pos-délfica tiene, pues, tan amplios alcances que Velásquez no trepida en afirmar: “el suceso de Delfos fue la causa fundamental que transformó la filosofía occidental” (75).

En esta afirmación de un Sócrates subversor (103), Velásquez recuerda con lo que había manifestado Nietzsche (2000) hace un siglo y medio en *El nacimiento de la tragedia*, y así lo señala él mismo en un interesante capítulo de su ensayo (cap. III: Sócrates vs. Nietzsche); aunque su valoración de esta subversión socrática es exactamente contrapuesta a la de Nietzsche. Si para Nietzsche Sócrates representa la inversión o subversión de los valores tradicionales griegos, dando paso así a la moralización platónica de la existencia, para Velásquez ella explica más bien el origen libertario de la filosofía occidental. Tal como hay un “nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música”, desde los ditirambos y los himnos fálicos dedicados a Dioniso, así también hay un nacimiento del diálogo socrático desde los parlamentos dramáticos de la tragedia. Un movimiento que muestra a un individuo que tiene la creciente necesidad de pensarse y hacerse a sí mismo. Velásquez concluye, en este sentido, que el diálogo socrático llegó a reflejar el “espíritu libertario, por así decir, contestatario del pueblo ateniense” (122).

Pero esta actitud desenfadada le acarreará rápidamente a Sócrates grandes problemas: “si tratas a la clase política y a la *intelligentsia* ateniense de ignorantes, estás socavando por completo su capacidad de ‘deliberar’ y ‘aconsejar’ en la *ecclesia* [...] Los estás descalificando como entes políticos” (139). Con esto, Sócrates ha traspasado los límites sociales y políticos convenidos y ha comenzado a ejercer la libertad de palabra (*isēgoría*) más allá de la asamblea: “se atreve a invertir el orden de la conducta cívica general, de lo políticamente correcto” (145).

Así se explicaría, tal vez, la especial forma en que Jenofonte (1993) nos ha transmitido la noticia del oráculo acerca de Sócrates: “ningún hombre es más *libre* (*eleutheriōteron*), más justo ni más sabio” (*Apología*,

14). De acuerdo con Velásquez, es precisamente este proceso de construcción de la conciencia moral individual que el filósofo pone a disposición del ciudadano ateniense para hacerlo libre, “el descubrimiento más subversivo de Sócrates” (147). Esto explica también por qué la subversión de Sócrates no debe ser entendida como un llamado al quebrantamiento de las leyes o del orden público. De hecho, el filósofo cumple la ley a tal punto que bebe la cicuta sin prestarse a las huidas que le preparan sus discípulos (Platón 1981, *Critón* 46b). La subversión socrática es, pues, “una transformación revolucionaria de las conciencias de los individuos” (157) y no un llamado a la insurrección.

Ahora bien, no es solo en relación con el carácter subversivo de Sócrates que Velásquez concuerda con Nietzsche, ya que a pesar de que su valoración de la subversión socrática es, como decíamos, contrapuesta a la del filósofo germano (145), Velásquez también realiza en este ensayo un análisis de la prédica de Jesús en clave subversiva (164), más precisamente en el *Excursus* que encontramos al final de *La subversión socrática*, y que está dedicado a desarrollar este rasgo disruptivo de la figura de Cristo, cosa que también hace Nietzsche (1996, §27), aunque de manera hiperbólicamente virulenta en su *Anticristo*. Pero nuevamente la contraposición es total.

Finalmente, y para concluir, nos parece que el enfoque pragmático de comprensión del diálogo socrático propuesto por Velásquez en *La subversión socrática* permite explicar la relación de Sócrates con los sofistas, en especial si observamos detenidamente al Sócrates pre-délfico, ese profesor de jóvenes como el que encontramos en *Nubes* de Aristófanes (2006, 130). En efecto, este Sócrates se mimetiza con ese conjunto de pensadores disruptivos que enseñan a interrogar y a discutir, poniendo en cuestión las convenciones y las creencias del momento, a la vez que resaltan la importancia de la conciencia y la libertad de los individuos (Gorgias 2023). No podemos olvidar que algunos sofistas, como por ejemplo Protágoras, tuvieron amplia influencia en el desarrollo del modelo democrático de la *polis* griega (Kerferd 1981). Él afirmó célebremente que “el ser humano es medida de todas las cosas” (DK 80 B1), además de haber sido también acusado de impiedad por negar la existencia de los dioses, incluso antes que Sócrates (DK 80 B4). Sin embargo, y esto es lo que para Velásquez distingue a Sócrates del resto de los sofistas, el Sócrates pos-délfico, ese hombre afligido por la afirmación del oráculo acerca de su sabiduría, en-

trará en un estado de manía, de apasionamiento por el saber, que lo hará devenir *filósofo*, en el sentido más propio y griego de esta palabra, es decir, como un amante del saber dispuesto a todo. En resumen, el profesor Óscar Velásquez nos ha regalado una obra ineludible para quienes deseen adentrarse en el pensamiento de Sócrates y de su decisiva importancia filosófica.

Bibliografía

- Aristófanes 2006. *Nubes*. Trad. Ó. Velásquez. Santiago: Editorial Universitaria.
- Aristóteles 1922. *The Poetics of Aristotle*. London: MacMillan and Co.
- Gorgias 2023. *Elogio de Helena*. Trad. B. Ugalde. Santiago: Ediciones Democracia y Libertad.
- Jenofonte 1993. *Recuerdos de Sócrates. Banquete / Apología*. Trad. J.D. García Bacca. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kerferd, G.B. 1981. *The Sophistic Movement*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nietzsche, F. 1996. *El Anticristo*. Trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. 2000. *El nacimiento de la tragedia*. Trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- Platón 1981. *Diálogos I: Apología, Critón, et al.* Trad. J. Calonge. Madrid: Gredos. *EP*